

Las últimas páginas del libro desarrollan el sugerente título «*Qualis Artifex pereor!*», relacionando la necesidad de tener un sólido apoyo militar para poder mantener el poder. Repasa sus últimos momentos como si del acto final de un drama se tratase, incluida la ironía trágica, y cuentan los historiadores que en sus últimos momentos repetía un verso representando por última vez Edipo: «esposa, padre, madre, conducidme a la muerte». No es de extrañar que sus últimas palabras fuesen «muero como un artista».

Cierran el libro las notas finales de todos los capítulos (pp. 255-278), una amplia bibliografía (pp. 279-296) y un índice onomástico y de contenidos (297-306). Es un libro interesante en su conjunto, cuyos méritos principales son su rigurosidad científica al manejar los datos, la inclusión de nuevas ópticas para sacar conclusiones globales y de conjunto, y la amenidad con que está escrito. Una lectura sugerente que demuestra muchos años de estudio sobre el fenómeno teatral romano.

Universidad Autónoma de Madrid

Carmen GONZÁLEZ VÁZQUEZ
carmen.gonzalez@uam.es

MANUEL C. DÍAZ Y DÍAZ, *Enciclopedia e sapere cristiano tra tardo-antico e alto Medioevo*, Editoriale Jaca Book SpA, Milano 1999, 163 pp. ISBN: 88-16-43313-2.

El libro pertenece a la colección *Eredità Medievale*, que ampara el *Istituto per la Storia della Teologia Medievale* de Milán. En dicha colección, que resulta ser, en un sentido amplio, una Historia de la Teología Medieval desde Agustín de Hipona a Erasmo de Rotterdam, tienen cabida cincuenta volúmenes «maneggevoli e scientificamente attrezzati», que serán, cuando la colección se vea completada, un interdisciplinar repaso a las expresiones fundamentales de la cultura medieval cristiana. En este marco o proyecto editorial, de las características reseñadas –que en este caso se cumplen a la perfección–, se inserta el libro del Profesor Manuel C. Díaz y Díaz, Catedrático Emérito de la Universidad de Santiago de Compostela, uno de los investigadores españoles que más y mejor ha estudiado, a lo largo de una dilatada y fructífera vida académica, la cultura, la mentalidad y los personajes de este periodo histórico.

El contenido del libro, además de una introducción, está estructurado en tres grandes partes, cada una de las cuales se divide asimismo en dos capítulos. La primera, de carácter más general, está dedicada a los precedentes del enciclopedia medieval, haciéndose un repaso en primer lugar por las *artes liberales*, los tratados enciclopédicos de la antigüedad clásica, los anticuarios y otras fuentes del saber, como los manuales de escuela; en el segundo capítulo de esta primera parte, se analiza el «encuentro» tensional del cristianismo y de sus presupuestos teóricos y prácticos con la realidad anteriormente descrita, a través de los textos preferentemente agustinianos del *De doctrina christiana*, para terminar con unas pinceladas sobre la sociedad de los siglos VI y VII.

La segunda parte se circunscribe a sendos capítulos sobre Boecio y Casiodoro, figuras de máxima importancia en la transmisión del saber y de la ciencia. Tras unas consideraciones sobre la situación política de la Italia del siglo VI, se aborda el estudio de la producción literaria de ambos personajes, haciendo especial hincapié en los tratados concernientes a las *Artes liberales* y, en el capítulo de Casiodoro, en la importantísima labor libraria llevada a cabo por él, fundando el monasterio de Vivarium, adquiriendo, mediante su transcripción, los más importantes manuscritos y organizando la actividad

amanuense, dentro de un programa diseñado para la adquisición de una sólida formación por parte de los monjes.

La tercera parte está dedicada íntegramente a Isidoro de Sevilla, del que se proporcionan, en primer lugar, unos apuntes sobre su época, su personalidad y los objetivos generales de su vasta producción literaria y pedagógica, para finalizar con un estudio pormenorizado de las *Etimologías* desde la múltiple perspectiva de los criterios de su composición, de sus fuentes, del enciclopedismo, del valor actual que han tenido y tienen y, sobre todo, del sentido de la etimología u *origo* a lo largo de toda la obra.

El volumen se completa con una escogidísima bibliografía, utilizada convenientemente a lo largo del libro, y con un índice de nombres. Ello conforma una obra de elaboradas síntesis y básicas afirmaciones sobre el enciclopedismo medieval cristiano y sus principales exponentes. Ahí radica el valor principal del libro, como tendremos ocasión de poner de manifiesto a continuación, en un análisis más pormenorizado del contenido de este ejemplar manual.

La **introducción** (pp. 11-20) es, de un lado, una delimitación y definición de conceptos y términos, con una exposición de propósitos por parte del autor y, de otro, una «bibliografía comentada» sobre los principales temas que se tratan en el libro; la mayor parte de dicha bibliografía va a ser aducida con propiedad y equilibrio a lo largo de la obra. En las primeras páginas se hace un recorrido por las distintas denominaciones, incluida la de *enkyklopaideia*, que han recibido las obras y tratados que ofrecieron un desarrollo más o menos extenso de las *Artes liberales*; a continuación se fija lo que se entiende por «enciclopedia» en época moderna («la exposición más o menos detallada de las ciencias o de las *artes*, tanto si ello se hace en un sistema lógico u orgánico, como si se realiza a través de un número más o menos amplio de vocablos ordenados alfabéticamente», según la definición dada por S. La Colla) y lo que entiende el propio autor («obras que tienden a promover una mayor comprensión del universo, colocando en el mismo plano de igualdad los conocimientos físicos y de la naturaleza y los conocimientos o técnicas del discurso, de la sociedad y del hombre»).

El propósito esencial del Dr. Díaz y Díaz es el tratamiento de los tres personajes que son, en expresión de Rand, «los fundadores intelectuales del pensamiento medieval»: Boecio, Casiodoro e Isidoro de Sevilla. Tan sólo como fuentes de información y datos para las producciones enciclopédicas de estos tres autores son sacadas a colación, como precedentes, distintas realizaciones romanas de tipo compilatorio y sintético, relacionadas con las *Artes liberales*.

La bibliografía que se comenta en la segunda parte de esta introducción es agrupada en diferentes bloques. En cada uno de ellos se citan y se valoran las principales aportaciones de los especialistas en la materia. Así sucede con el grupo de autores que tratan el tema del enciclopedismo en general (S. La Colla, P. Grimal, M. de Gandillac, R. Collison...) y del enciclopedismo medieval cristiano (H. Fuchs, J. Gruber, J. Fontaine, J. Le Goff, M.T. Beonio Brocchieri —coincidente en parte con el propósito del Prof. Díaz y Díaz—...), en particular. H. I. Marrou, P. Riché y otros resultan de vital importancia en la comprensión del enciclopedismo y su relación con los métodos educativos y de formación en este largo periodo. Son traídos a colación, igualmente, los distintos editores y autores, que constituyen hoy en día la base de los estudios sobre los tres personajes centrales del libro (Boecio, Casiodoro e Isidoro de Sevilla), haciéndose una valoración de cada uno de sus obras y de lo que significaron en la mayor y mejor comprensión del personaje, de su obra y de su época, hasta romper los tópicos y juicios estereotipados que se transmitían de cada uno de ellos.

La **parte primera** de la obra del Prof. Díaz y Díaz (pp. 21-58) se inicia con un repaso a los denominados «precedentes» del enciclopedismo medieval. Se parte de nociones básicas, como las de escuela, aprendizaje, *magister* y libro, complemento permanente de la escuela y con cuya lectura se transmiten las nociones, se induce a la reflexión y se adquieren los conocimientos utilizables en cualquier orden de la vida. A continuación se adentra el Prof. Díaz y Díaz en la denominación de *artes liberales*, como conjunto de materias, de distinta naturaleza, que constituyen un paso indispensable para acceder a los estudios de carácter superior, en particular al mundo de la filosofía. Se establece la similitud entre esta expresión y el término *enkyklios paideia*, como cultura general y común. Y se explica cómo en tales expresiones se funden las dos principales tendencias del mundo griego, vías para acceder a la consecución de la sabiduría: a) la corriente personificada en Isócrates, que a través de los textos de poetas y filósofos llega a la adquisición del lenguaje, único modo de conseguir el verdadero saber (materias lingüístico-literarias que forman el grupo de gramática, retórica y dialéctica) y b) la corriente concretada en Platón, quien utilizando igualmente los textos poéticos y filosóficos propugna que únicamente las nociones matemáticas, de carácter general y abstracto, pueden poner al hombre en el camino del conocimiento del mundo, por lo que han de ser obligatorias para todos (disciplinas matemáticas: aritmética, música, geometría y astronomía). Al lado de éstas disciplinas que integran el *curriculum* de las *Artes liberales* se hallan otras de la más variada índole y en planos muy diversos (derecho, medicina, historia, cronología, etc.).

Bajo la denominación genérica de «tratados enciclopédicos» se analizan tres tipos de obras que aparecen en las letras romanas: las que desarrollan de alguna manera las siete *Artes liberales*, las de carácter enciclopédico de temas diversos y los resúmenes de *antiquitates*. En el primer grupo se estudian las aportaciones de Varrón, Celso y Marciano Capela. De Varrón (siglo I a.C.) se mencionan sus *Disciplinarum libri VIII*, síntesis no de cuanto se sabía en su tiempo, sino de lo que era necesario conservar para salvaguardar a toda costa el espíritu romano, abierto a las nuevas corrientes helénicas. El contenido e índole de la obra de Celso (*artes*) inducen a pensar (a partir de sus *Libri VIII de medicina*) que la labor de este autor del siglo I d.C. es similar a la realizada por Varrón. El siguiente empeño enciclopédico, en el tiempo, lo constituyen los nueve libros, en prosa y verso, *De nuptiis Philologiae et Mercurii*, de Marciano Capela, autor del siglo V. Su obra, bien documentada, es un intento de interpretar el espacio de las *Artes* en una especie de mundo simbólico, elevando al vértice de validez universal conocimientos que se mantenían en el límite de la ciencia. Cada una de las *Artes* es representada mediante una alegoría; cada libro empieza y termina con unos versos que sintetizan el contenido de cada *Ars* y en cada uno de los temas se indican las principales *auctoritates*.

Entre las obras enciclopédicas de temática diversa se analizan las *Antiquitates rerum humanarum et divinarum*, de Varrón, ampliamente manejadas por Agustín de Hipona en su *Ciudad de Dios*; los *Prata* de Suetonio, de quien copió Isidoro muchos datos para la elaboración de sus *Etimologías*; los *Collectanea rerum memorabilium*, de Solino; los *Commentarii*, de Servio, que a pesar de su título, constituyen una fuente de información importante, a partir del análisis de términos y frases de los versos virgilianos y, finalmente, los treinta y siete libros de la *Naturalis Historia* de Plinio el Viejo. A esta última dedica el Prof. Díaz y Díaz más atención; se trata de una obra claramente enciclopédica, en la que Plinio recoge, de forma estructurada, todos los conocimientos hasta ese momento existentes (mezclando noticias, descripciones puntuales, leyendas e interpretaciones más o menos fantasiosas) sobre el mundo natural.

Otros autores, lejos de elaborar una verdadera enciclopedia, se dedicaron a recoger términos, formas o instituciones antiguos. Así Aulo Gelio con las *Noctes Atticae*, casi cuatrocientos capítulos que plantean cuestiones lingüísticas, filosóficas, históricas, etc. O los siete libros de las *Saturnales* de Macrobio, disputas entre los comensales sobre Virgilio, sus fuentes y su técnica literaria. O los veinte títulos del *De compendiosa doctrina* de Nonio Marcelo, que ofrece la estructura de unos lemas, seguidos de explicación y citas justificativas.

La existencia de la escuela incrementó la exigencia de instrumentos didácticos, destinados a servir de apoyo a la enseñanza. Así se originaron y se multiplicaron los manuales escolares, caracterizados por sus nociones sistemáticas y por el seguimiento de unos criterios acordes a la técnica pedagógica de las escuelas: definiciones elementales, clasificaciones y explicaciones sistemáticas. A esos manuales, auténticos «libros de texto», se les añadían otros materiales más elaborados, como escolios o glosas. Entre los ejemplos de esa producción se puede citar el *Breviarium rerum gestarum populi Romani*, de Rufo Festo, compendio escolar de la historia de Roma. En otro orden de cosas, hacia el siglo II d.C. se verifica un insólito fenómeno cultural, cuyas raíces son difíciles de descubrir. Se trata del apasionamiento por el misterio y por lo maravilloso, tanto en el plano religioso (desarrollo de religiones místicas) como en el intelectual, consciente el hombre romano de que el estudio sistemático de la ciencia es insuficiente. En este ambiente surgieron el *Liber memorialis* de Solino o las *curiositates* en el ámbito filológico.

El capítulo segundo de esta primera parte está dedicado al análisis de las tensiones producidas entre el cristianismo y el saber pagano. Las de índole teórica arrancan de la cita paulina de *I Cor.* 3,19, según la cual «la sabiduría de este mundo es necedad a los ojos de Dios». Las de carácter práctico tenían que ver con la educación de los hijos de las familias cristianas aristocráticas, que por tradición exigía un tipo particular de enseñanza escolar. Ese enfrentamiento tiene una de sus expresiones más claras en la figura de Tertuliano, quien opone *curiositas a fides : cedat curiositas fidei*. La inclinación a conocer temas que no se refieren a la salvación es calificada de *vana, inanis, superba, maligna*. Este clima «tensional» es alimentado por el movimiento monástico en su vertiente ascética y echa por tierra intentos de aplicar a los problemas de comprensión de la Biblia la *curiositas* mencionada (tal es el caso de Jerónimo).

El cambio en la percepción y tratamiento del problema lo realizó Agustín de Hipona, quien admite la utilidad del conocimiento que dan las *Artes* en la consecución de la Sabiduría y en la solución de los problemas que surgen en la comprensión de la Biblia, propugnando una enseñanza cristianizada, que coloca a la Biblia en el centro de la misma. Agustín se propuso, por tanto, rediseñar los métodos y los objetivos de las siete *Artes*. Los textos sagrados han de ser leídos con los mismos métodos que los textos de los autores clásicos; pero mientras que estos últimos conducen a la verdad, aquellos llevan al hombre a la Sabiduría, es decir, a Dios. Para llegar hasta Él en una correcta exégesis bíblica, el obispo de Hipona defiende un mejor conocimiento de las *Artes*, que se convierten de esa manera en disciplinas ancillares, redimensionando así su alcance y utilidad.

Los siglos VI y VII, alejados del tiempo en el que vivió Agustín, supusieron un cambio radical para el cristianismo y para las *Artes liberales*. En la esfera política, la aparición de nuevos reinos, tras la caída del último emperador romano de Occidente; en el terreno social y económico, los nuevos papeles que asumen la aristocracia y el campesinado; en el ámbito cultural, el hiato cada vez mayor (en número y prestigio) que se produce entre las escuelas de alto rango y las de grado elemental; en el campo religioso, la aparición del arrianismo, el interés por una nueva forma de monaquismo, más evangelizador y la

intensificación de la liturgia, con la consiguiente necesidad de una mejor formación del clero dedicado a la misma. A ello se unen los nuevos elementos culturales que refuerzan el saber cristiano. Entre estos hay que destacar las traducciones de los grandes escritores griegos cristianos (Orígenes, Juan Crisóstomo, etc.); una nueva fuente de la espiritualidad cristiana constituida por los relatos hagiográficos, que llegan a formar colecciones de un valor inestimable y desde el punto de vista teológico, las colecciones de sínodos y concilios. Todo estos textos, que se leen bajo diferentes formas y compendios en las escuelas, irán creando un cuerpo de doctrina, de experiencias religiosas y de exégesis bíblica, que marcarán los siglos VI y VII.

La **parte segunda** (pp. 59-107) está dedicada a las figuras de Boecio y Casiodoro. Se inicia el primer capítulo con unos trazos histórico-políticos de Italia en el siglo VI, centrados casi en exclusividad en la figura del rey Teodorico, del que se destaca su tolerancia (*religionem imperare non possumus, quia nemo cogitur ut credat invitus*, le hace decir Casiodoro), y en las líneas esenciales de su programa político (alianzas con los otros reinos bárbaros, reforzamiento del poder real y aislamiento de los bizantinos). Después de unas pinceladas de la biografía de Boecio («mártir de la romanidad», según Marrou), el Prof. Díaz y Díaz se adentra en las consideraciones concretas sobre la producción literaria boeciana, dividida en cuatro grandes grupos: escritos concernientes a las *Artes liberales*, obras filosóficas, opúsculos teológicos y la *Consolatio philosophiae*.

El análisis se centra esencialmente en los escritos que tienen que ver con las *Artes liberales*, es decir su obra científica, sin que ello signifique que no se hacen referencias a sus obras teológicas (para cuyo desarrollo aplica Boecio los métodos extraídos de las matemáticas) y filosóficas (bajo la influencia y *auctoritas* del neoplatónico Porfirio y del discípulo de Proclo, Ammonio). Ese fue su proyecto intelectual esencial, tal como se lo reconoció Teodorico: *translationibus enim tuis Pitagoras musicus, Ptolemaeus astronomus leguntur Itali; Nicomachus arithmeticus, geometricus Euclides audiuntur Ausonii; Plato theologus, Aristotelis logicus Quirinali voce disceptant; mechanicum etiam Archimedes Latialem Siculis reddidisti et quascumque disciplinas vel Artes facunda Graecia per singulos viros edidit, te uno auctore patrio sermone Roma suscepit...*

La cita, un tanto larga, nos pone de manifiesto las coordenadas desde las que hay que valorar el proyecto cultural y enciclopédico de Boecio y el alcance del mismo. Boecio muestra un interés especial en dos cuestiones: 1.^a) trasladar al lector romano una exposición sistemática, más o menos completa, de los conocimientos que integran las *Artes liberales*; 2.^a) hacerlo desde un interés eminentemente didáctico (cualidad del enciclopedia clásico grecolatino). De esa manera, compone las cuatro *Institutiones* de Aritmética, Música, Geometría y Astronomía (estas dos últimas con los datos probables de su autoría) que vienen a erigirse como libros de enseñanza y consulta, en ocasiones, hasta el siglo XIII y que constituyen la suma de las cuatro partes del conocimiento matemático, introduciendo al inicio del primero de sus libros (*Arithm.*1,1) un término que tendría posteriormente un éxito extraordinario, *quadrivium* (después, *quadrivium*).

La figura de Casiodoro es presentada desde una triple perspectiva: la de su producción literaria, la relacionada con la fundación del monasterio de Vivarium y la consiguiente formación de los monjes y la de su actividad bibliográfica (copia de manuscritos, por una parte, y elaboración de manuales de estudio enciclopédicos, por otra). La obra literaria de Casiodoro responde, en general, a los avatares vitales del autor: una serie de obras de la época premonástica (*Cronica, Historia gotica, Variae*, etc.); las obras compuestas tras la conversión monástica (*Expositio psalorum, liber memorialis, Institutiones*, etc.) y finalmente, su significativo tratado *De orthographia*.

La fundación de Vivarium (cuyo simbolismo es puesto de manifiesto) constituyó uno de los hechos fundamentales en la vida de Casiodoro y resultó de extraordinaria importancia para el desarrollo de la cultura latina cristiana, tal y como se recoge en un largo *excursus* sobre las vicisitudes posteriores de este monasterio y de su biblioteca. Fue concebido como un lugar en el que se formaba un grupo selecto y minoritario de monjes, dedicado al estudio (a este efecto fueron compuestas las *Institutiones*) y a la meditación y con la confianza de que mediante los libros y el empeño intelectual que éstos suponían se alcanzaba, al igual que con la predicación, la salvación eterna. Era la primera vez que los estudios superiores «se refugiaban» en el silencio de un centro monástico; entre éstos se dedicaba una especial atención a la ortografía, auténtica obsesión para Casiodoro y medio por el que *...in scripturis divinis librorum vitia corrigere debemus, nam quid prodeat multas transcurrere lectiones et ea quae sunt probabiliter corrigenda nescire?* (*Instit.* 1,14,5)

La actividad bibliográfica de Casiodoro se centró en la adquisición de manuscritos, mediante el encargo de su transcripción o copia, la promoción de traducciones del griego al latín (supervisadas luego por el propio Casiodoro) y la compilación de volúmenes misceláneos (gracias a la utilización del pergamino por el papiro), bien de contenido homogéneo o de temática desigual. El tratamiento pormenorizado de cada una de estas actividades es realizado por el Prof. Díaz y Díaz, como se hace a lo largo de toda la obra, con el soporte de los textos del propio autor. Así, para subrayar la importancia que el trabajo de copista o amanuense adquiere en el proyecto de Casiodoro se aduce la cita, tan bien conocida por paleógrafos y críticos textuales, de *Instit.* 1,30 : *Felix intentio, laudanda sedulitas, manu hominibus praedicare, digitis linguas aperire, salutem mortalibus tacitum dare, et contra diaboli subreptiones illicitas calamo atramentoque purgare. Tot enim vulnera Satanas accipit quot antiquarius Domini verba describit...*

Casiodoro, que se queja constantemente de la escasa formación cultural de sus conciudadanos, piensa que únicamente con la lectura y meditación de las obras de los grandes autores se puede conseguir el propósito formativo. Los libros van a asumir en ese proyecto esa función de formación, cuyo objetivo será la renovación del *curriculum* escolar y que tiene como última razón de ser favorecer la comprensión y el estudio de la Biblia. Por medio de los libros se conseguirán los dos grandes objetivos que debe proponerse el hombre : *utilitas vero magna esse cognoscitur, quando per eos (libros) discitur unde et salus animae et saecularis eruditio provenire monstratur...*(*Instit.*1, praef.1). Como medio para facilitar su consecución, Casiodoro juzga necesaria la redacción de un *vademécum*, que, convertido en una especie de bibliografía comentada, sólo en latín pero no sólo de los autores latinos, ha de recoger los temas esenciales de las distintas parcelas del tradicional *curriculum* escolar. El sistema de formación que propugna representa una vuelta al modo griego de entender las siete *Artes*, sobre todo en el orden que las presenta Ammonio y que no coincide con el de otros enciclopedistas. Sus *Institutiones*, escritas como una guía espiritual más que como una regla, responden en su estructura a la consecución de los objetivos mencionados: el primer libro ofrece un cuadro de las ciencias sagradas y el segundo proporciona los elementos para una formación pagana. En las pp. 100-105 el Dr. Díaz y Díaz hace una magnífica síntesis de los dos libros de las *Institutiones* de Casiodoro, sobre todo del segundo, que formado por siete capítulos da a conocer los fundamentos de las siete *Artes*, tema esencial en la obra que es objeto de juicio por nuestra parte.

Casiodoro representó, en primer lugar, el punto de convergencia del estudio de la Biblia y de los temas bíblicos comentados por los grandes escritores con el estudio de las

Artes cuyo aprendizaje se podía seguir tanto en los autores clásicos como en los recientes; a la vez, con Casiodoro se produjo una universalización de la ciencia tanto bíblica como pagana; en él no se distinguen los autores griegos de los latinos, ya que la unidad se consigue por el uso de una lengua (la latina) que resulta de más fácil acceso. El medio por el que se alcanzan los logros comentados es para Casiodoro la biblioteca, como almacén de energía espiritual, fuente del saber, depósito de virtud y tesoro a disposición de toda la Humanidad.

La **tercera parte** del libro (pp. 109-142) está dedicada íntegramente a Isidoro de Sevilla. Su estructura y desarrollo son semejantes a los constatados en la segunda parte. Se hace en primer lugar un recorrido por la Hispania de los siglos VI y VII, haciendo especial hincapié en las iniciativas de los reyes visigodos (principalmente, Leovigildo y Recaredo) para conseguir la unidad de territorios y pueblos (el hispano-romano y el godo), a la par que la unidad religiosa (al principio bajo el arrianismo y después con el cristianismo), en cuya consecución y desarrollo tanto tuvo que ver el episcopado hispánico. Todo ello fue el terreno abonado para el surgimiento de un movimiento cultural importante, uno de cuyos promotores fue sin duda Isidoro de Sevilla.

Del obispo hispalense se dan, como en los casos anteriores, unas noticias esquemáticas y significativas de su vida y personalidad: la ascendencia hispanoromana, su pertenencia a una familia profundamente cristiana, la formación dirigida por su hermano Leandro a quien reconoce como paradigma y modelo, su actividad episcopal, pastoral y política, comprometido con los propósitos de los reyes visigodos Sisebuto y Suintila, y su producción literaria, exponente de una preocupación profunda por la formación de sus conciudadanos, sobre todo de los pertenecientes al clero.

El profesor Díaz y Díaz recorre, siguiendo los cánones «clásicos» al respecto (la *Renotatio* brauliana y las noticias de Ildefonso de Toledo), la compleja producción literaria del obispo de Sevilla, que tuvo como base de actuación su biblioteca hispalense, cuyos *Versus* nos proporcionan una lista de autores (no todos, por supuesto) utilizados por Isidoro de Sevilla en la elaboración de tan vasta obra.

Para Isidoro de Sevilla la utilización de la pluma, su labor de escritor, es complemento de su empeño pastoral. De esa manera destaca en su obra la elección de los temas de acuerdo con la utilidad que su tratamiento puede proporcionar al pueblo; por otra parte, se observa en la confección de toda su producción literaria la preocupación por una dosificación bien calculada en la enseñanza y aprendizaje de los saberes por parte de unos lectores poco preparados: en primer lugar, la atención a la palabra, en el doble intento de entenderla rectamente y de usarla correctamente; en segundo lugar, la preocupación por el estilo, aprendido más con la práctica que con numerosas reglas. Desde estas perspectivas es analizada la producción del obispo hispalense; así obras que responden a exigencias puntuales o requerimientos pastorales concretos serían *De natura rerum*, *Contra Iudaeos*, *De viris illustribus* o *Historia Gothorum*; obras de iniciación a una lectura literal y alegórica de la Biblia son los *Prooemia*, el *De ortu et obitu Patrum*, las *Allegoriae* y las *Quaestiones*; preocupación por las palabras se manifiesta en las *Differentiae* y en los *Synonyma* y por el valor estilístico de las frases se constata en las *Sententiae*. Hay que reconocer que la presentación que hace el profesor Díaz y Díaz de las obras isidorianas resulta atractiva y convincente; otros estudiosos del obispo hispalense han realizado ese mismo recorrido teniendo en cuenta, sobre todo, la fecha de composición de las distintas obras y los niveles de complejidad que su elaboración requería (desde una literatura de *accessus ad* hasta las mismas *Etimologías*).

El capítulo final del libro está dedicado al empeño enciclopédico de Isidoro de Sevi-

lla, sus *Etimologías* (*opus de origine quarundam rerum*, le comunica en un principio al rey Sisebuto hacia el año 620), obra por la que el obispo hispalense es conocido, admirado y aducido como autoridad durante muchos siglos. En los distintos apartados del capítulo el Dr. Díaz y Díaz pone sobre el tapete las claves interpretativas de la enciclopedia isidoriana: criterios de su composición, organización y contenido, utilización de las fuentes (problema complejo donde los haya) y papel de la *etymologia* en la comprensión cabal de la misma. Entresaquemos algunas afirmaciones importantes.

La obra, en cuya elaboración pasó Isidoro de Sevilla sus últimos años y que se nos presenta en cierto modo «inacabada», carece de prefacio en el que se expliquen los objetivos del proyecto isidoriano; tan sólo hay una sucinta explicación en la epístola dedicatoria (*misi opus de origine quarundam rerum, ex veteris lectionis recordatione collectum atque ita in quibusdam locis adnotatum sicut extat conscriptum stilo maiorum*). De ésta y de otras noticias que *currenti calamo* aparecen en las *Etimologías*, pueden extraerse algunas conclusiones sobre el método utilizado por Isidoro a la hora de elaborar su obra : a) la redacción de la misma ha tenido lugar por partes, en tanto que disponía de materiales para la confección de cada una de ellas; b) la propia dinámica expositiva induce al autor a desarrollar temas no previstos inicialmente; c) Isidoro ofrece los materiales de que dispone, aunque a veces se ve obligado a simplificar las noticias proporcionadas por sus fuentes; d) la etimología requiere a veces de investigación, ya que no se encuentra fácilmente para todas las palabras; e) el propósito de explicar el origen de algunas cosas debe reducirse en ocasiones a la presentación de una breve etimología. En todo ello se percibe una obsesiva insistencia en la consecución de la brevedad, requerida por la tradición literaria latina y por el carácter didáctico que se impone Isidoro.

En un apartado posterior, el Prof. Díaz y Díaz se hace eco de la intrincada temática sobre los títulos y libros de las *Etimologías*, de los primeros pasos en su organización y contenido, así como del papel jugado (los límites de la *emendatio*) por Braulio de Zaragoza en la definitiva presentación, en veinte libros, de la enciclopedia isidoriana. La obra, continúa Díaz y Díaz, es de índole eminentemente práctica, cuya distribución se atiene a los criterios de utilidad escolar y didáctica, destinada a todo tipo de público y que, más que presentar puntos de vista explícitamente estructurados, aporta el mayor número posible de explicaciones útiles, en orden posiblemente a ofrecer una comprensión general de todo lo que existe, por medio de un sistema descriptivo.

El principio que inspira toda la enciclopedia es, según el propio Isidoro, la descripción del origen y de la etimología de los vocablos. Y aunque a primera vista pueda dar la impresión de una pura y simple yuxtaposición de datos e informaciones, la unidad del método y la utilización de los distintos sistemas de la tradición grecolatina confieren al diseño que propone Isidoro una dimensión extraordinaria y de gran relieve. Isidoro acomete el estudio de los vocablos, analizando la *origo* o estudiando la *etymologia*. Con la primera se descubre «de dónde» viene un término; la segunda, de acuerdo con los puntos de vista antiguos a los que se atiene estrictamente Isidoro, explica « por qué» se ha creado o aplicado un significante a su significado concreto. A tal efecto, el obispo hispalense distingue entre *etymologia ex origine* y *etymologia ex causa*. Tales operaciones tienen como finalidad la de alcanzar la realidad de las cosas, dado que *...cum videris unde ortum est nomen, citius vim eius intellegis: omnis enim rei inspectio etymologia cognita planior est...*(*Etym.* 1,29,2), frase de capital importancia, puesto que de ella se deduce que la fuerza de la etimología es la de proporcionar la llave de la realidad y favorecer el conocimiento de las cosas a través de las palabras que la designan. Isidoro se mantiene en general fiel a los principios etimológicos del mundo antiguo, pero actúa con

suficiente libertad, en cuanto que es capaz de yuxtaponer, en determinados momentos, dos etimologías diferentes, como queriendo dejar al lector la elección de una u otra.

En los libros de las *Etimologías* isidorianas se concentra y organiza todo el saber precedente, razón por la que podemos considerarlos como enciclopedia de la Antigüedad tardía; sin embargo, los abundantes materiales que ellos ofrecen han servido de base y orientación para los siglos siguientes, razón por la cual se los puede considerar como la primera enciclopedia medieval. Un aspecto de su importancia y de su interés indudables radica precisamente en su privilegiada posición en el tiempo.

El libro de Manuel C. Díaz y Díaz resulta difícil de sintetizar, porque constituye de por sí una síntesis, propia de quien, habiendo relacionado durante muchos años textos, personajes y hechos, nos presenta de una vez un manual de *accessus* científicamente documentado y de fácil lectura. Sus afirmaciones se asientan en los textos; sus notas son mínimas (para no entorpecer la lectura del texto principal), y siempre justificadas, y el carácter esquemático y casi «telegráfico» de muchas de sus aseveraciones no llevan consigo el tópico de la simpleza o de la obviedad. Su libro es a la par una puesta al día de la bibliografía más importante sobre cada tema; ésta es aducida con propiedad, sin eludir los aspectos problemáticos y discutidos, sobre los que nos proporciona su autorizada opinión quien «abrió» en España, con dosis de incompreensión y recelo a veces, las puertas a los estudios de autores y épocas alejados ya de los cánones y vivencias del mundo clásico.

Universidad de Extremadura

César CHAPARRO GÓMEZ
chaparro@unex.es

ISABEL VELÁZQUEZ SORIANO, *Documentos de época visigoda escritos en pizarra (siglos VI-VIII)*, Brepols Publ., Turnhout 2000, 2 tomos (164 y 199 pp.). ISBN: 2-503-50972-X.

Desde que a finales del siglo pasado fueran descubiertas las primeras pizarras de época visigoda con trazos numéricos, la atención de los investigadores hacia estos valiosos y antiquísimos documentos paleográficos —en su gran mayoría de los últimos decenios del siglo VI y del siglo VII— ha sido, aunque no muy intensa, sí constante. Tras los primeros estudios de Gómez Moreno, que van desde 1904 a 1966, aparecen varios e importantes trabajos del profesor Díaz y Díaz en la década de los setenta y, años más tarde, los del profesor Gil Fernández.

Isabel Velázquez inició su tarea investigadora en el estudio de estas pizarras bajo la dirección del recordado Dr. Mariner. Su tesis doctoral *El latín de las pizarras visigodas. Edición crítica y estudio* (Madrid, Universidad Complutense, 1988) y los trabajos posteriores, que ya eran una referencia básica para todo estudioso de estas pizarras, se han visto culminados con la publicación de los dos volúmenes que ahora reseñamos en la editorial Brepols (*Monumenta Paleographica Medii Aevi - Series Hispanica*) y bajo los auspicios de la Real Academia de la Historia.

El interés científico de estas antiguas pizarras que se nos han conservado es grande y variado. En una época como la visigoda, en la que las fuentes documentales de que disponemos para conocer su historia son tan escasas (actas conciliares y colecciones de fórmulas jurídicas), las pizarras vienen a llenar, en parte, este vacío. Por un lado, su valor